

Impresiones
de una tempestad.



Impresiones de una tempestad.

Entre los espectáculos grandiosos con que suele sorprendernos la naturaleza, tal vez no hay uno tan imponente como la tempestad en el mar, ó vista desde la falda de una montaña cuando truena y relampaguea en su cumbre.

En Mayo de 1856, bajando de México á Puebla, tuve ocasión de contemplar una terrible tempestad, cuya nube negra y arremolinada se extendía á guisa de tangente, sobre la cumbre de la montaña de la Malitzin ó Malinche. Cuantas veces he transitado aquel camino, me ha parecido el tiempo corto para entregarme á los recuerdos históricos que evoca en la memoria la vista de la Malinche. A sus faldas están Tlaxcala y Cholula, célebres anteriormente

á la conquista, por sus guerras con los mexicanos y por lo adelantado de su propia civilización. Magiscatzin tendiendo su diestra á los europeos con demasiado apresuramiento; Xicotencatl combatiéndolos y uniéndose después á ellos para invadir el imperio de Moctezuma y sufrir en recompensa de sus servicios una muerte afrentosa; Tlaxcala, simbolizando la Grecia de Anáhuac por el mayor refinamiento de las costumbres y el oropel de una libertad que no supo defender hasta lo último; Cholula aterrorizada ante las escenas sangrientas que se sucedieron dentro de sus muros: todo esto me ha venido á las mientes al ver destacarse sobre el horizonte aquella inmensa montaña cuyo perfil, desde cierta parte del camino, parece el de un muerto tendido, con los pies juntos y las manos puestas sobre el pecho. Cuando llega uno á posesionarse de la idea de tal semejanza, y un día claro y despejado le hace ver hasta la cavidad del ojo y el corte de la pestaña figurado por las rocas, se imagina estar ante el cadáver gigantesco del genio de América, vencido por las huestes europeas, conductoras de la civilización cristiana, y que con el rostro vuelto hacia el cielo,

vela todavía sobre las poblaciones que se levantan á su falda.

Esta vez, cuando salimos de San Martín, las nubes se iban aglomerando sobre la cabeza del cadáver, figurando una toca negra que el viento en parte le hubiera desprendido: uno que otro relámpago brillaba en el seno mismo de las nubes, y los truenos sonaban en el inmenso valle que constituye la riqueza agrícola del Estado, como el ruido de una carreta. A los recuerdos históricos antiguos se unían otros muy recientes entonces. Puebla, convertida en asiento predilecto de la tiranía demagógica, acababa de tirar el guante á sus opresores, lanzándoles de su recinto y recobrando así su propia libertad, sostenida por el esfuerzo entusiasta de sus hijos. Contra ellos había llegado el ejército de Comonfort, acampando en San Francisco Ocotlán. Un oficial de este ejército iba en la diligencia conmigo, y se entretuvo en referirme las peripecias de la batalla. Poseía el talento de enarrar, y aunque fiado bajo la bandera democrática, en él podía más que sus ideas políticas, el espíritu de clase: sus ojos brillaban al hablar del valor de las huestes de Haro, y se reprochaba el haber comba-

tido contra sus hermanos de armas. Sus frases breves y elocuentes, pronunciadas en el sitio mismo de la refriega, me hacían ver el fuego de los cañones liberales que barrían con su metralla el inmenso llano que tuvieron que atravesar las columnas de Puebla para llegar á las posesiones de Comonfort; el espanto de los soldados del gobierno, que se dejaban caer de las bóvedas del santuario de Ocotlán al ver avanzar con arma al brazo y la serenidad del valor aquellos trozos de infantería, la flor del ejército, mandados por Osorio y Aljovin. Oía yo al primero, no mutilado todavía, animar á sus subalternos con su voz ronca que sonaba entre el estrépito de los cañones; mientras el segundo, á caballo, cubierto con una capa blanca, atravesada por una gran cruz roja, llevaba en la mano la bandera de su cuerpo y desafiaba las balas enemigas que fueron á cegar, momentos después, la flor de su juventud.

En vano busqué á la izquierda del camino carretero algunos rastros de la batalla; no vi blanquear sobre la yerba los cartuchos destrozados de la fusilería, ni los huesos de los muertos, era la estación de las aguas, y, además, la naturaleza y el tiempo se encargan de

borrar muy presto las señales de la destrucción de los hombres. Corría un viento fuerte y fresco, que presagiaba la próxima lluvia. El horizonte estaba completamente despejado por el Oriente y á los lados de la montaña: todas las nubes se habían aglomerado sobre la cumbre de la Malinche, formando una inmensa faja negra que se extendía de Norte á Sur y que no cesaba de disparar rayos en todas direcciones, manteniendo un trueno sordo, pero continuo y aterrador. La atmósfera estaba saturada de emanaciones sulfurosas, y los pájaros volaban en bandadas hacia el Oriente. Mientras mudaban los caballos al carruaje, frente á la casa de postas, subí á una eminencia formada por los bordes del camino y gocé de la vista de un panorama sorprendente. El sol estaba oculto tras las nubes de la tormenta; pero sus rayos daban de lleno sobre los campos situados en último término del paisaje y las sementeras de trigo brillaban cual tejos de oro, haciendo contraste con la lobreguez de la montaña. Cuando llegamos á Río Prieto, la tempestad se había disipado; pero una lluvia abundantísima anegaba ya los llanos inmediatos y había envuelto con su gasa tupida las formas de la Malinche, como para

que no viese las escenas de venganza é iniquidad de que un poder orgulloso con el triunfo que le había deparado la suerte, hacía teatro á una de las ciudades más dignas y desgraciadas de la República.

México, Marzo 8 de 1858.



INDICE

	Págs.
Una flor en su sepulcro (novela) . . .	5
La Quinta Modelo (novela)	91
I. La vuelta á la Patria.	93
II. La familia.	104
III. Preparativos para desempeñar una alta misión.	117
IV. Augustas funciones legislativas. .	132
V. Enrique en el colegio.	146
VI. Amelia.	164
VII. El progreso en la Quinta. . . .	183
VIII. Roma desarmada y vencida. . .	191
IX. Lo que se siembra se cosecha. . .	203
X. Cómo fué el homicidio.	215
XI. Dolor de madre.	220
XII. Reconstrucción.	234
XIII. Votos cumplidos.	241
XIV. Conclusión.	251

ARTICULOS SUELTOS.

La Llorona (tradición).	261
La carta del pobre.	271
Estrella.	281
Ofelia.	301
María.	315
La limosna.	339
Palabras de ultratumba.	349
José (estudio bíblico).	373
Tradicón acerca de las Lagunas de México.	403
Impresiones de una tempestad. . . .	425

